

—Se aprecia la buena voluntad,—contestó el marino,—pero no hay gana. Estos señores beberán.

—¡Añade sardinas, tabernera, que van viniendo convidados!—dijo Jeromo.

—¡Se ofrece de buena voluntad!—insistió Tabardillo, repartiendo vasos y mirando al marino.

—Beban ustedes si quieren,—respondió éste, cortés, pero secamente.

La tabernera, que era mujer tan gorda como hábil zurcidora de voluntades, adivinó cuanto pasaba, y se propuso pinchar aquel tumor para que acabase de reventar.

—¡Atemorizada viene la gente de oír desbarrar! Si no fuera por que hombre enfadado no sabe lo que habla, merecían ustedes á veces un buen sinapismo en la misma lengua por escandalosos!

—No le falta razón, señora,—opinó uno de los presentes.

—No lo digo por naide,—añadió otro,—pero algunos se ponen como bárbaros. ¡Y todo por echarla de *presonas*!

—¡Lástima de multazo que les doliera en la bolsa!

—¡Mejor un buen sopapo que les derribara las muelas!

—¡Señores, para meter en cintura á los mal hablados, no hay como el alcalde de mi pueblo. Los pone á la sombra por lo menos una noche, y quieras que nó les hace beber antes de soltarlos, un vaso de caldo de guindillas que arranca el gazzate!

—¡Desengañense ustedes! No hay mejor tapabocas para los desalmados que escupen á su divina Majestá, que un garrotazo bueno en la misma boca maldiciente...

—¡Reniengo de mi casta!—gruñó en aquel momento muy quemado Tabardillo, que hasta entonces había estado tragando saliva.—Cada uno rasque su sarna, señores, continuó, que para decir el toro viene, no es menester tantos arrempujones. Bebamos en paz si ustedes gustan, pero ¡me caso en Saboya! coste que si lo dicen por mí, á mí ninguno me ata, porque rompo la sogá.

J. M. C., s. J.

(Se Concluirá.)